

ORIGEN

DE LA

Ermita del Rosario

DE

Las Condes

1919

Origen de la
Ermita del Rosario
de las Condes

SUS VISITANTES Y SUS ROMERÍAS, SEGÚN
CUADERNO MANUSCRITO QUE EXISTE CON
SUS IMPRESIONES Y FIRMAS HASTA EL
AÑO 1913

PUBLICACIONES DE ALGUNAS DE SUS RO-
MERÍAS EN REVISTAS Y PERIÓDICOS



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta y Encuadernación Claret
DIEZ DE JULIO 1140

1919



**Carta que don Pedro Fernández Concha, dictó
a uno de sus hijos, dirigida a don Joaquin
de Santiago Concha**

Sr. Dn.

Joaquín de Santiago Concha.

Madrid.

Mi querido tío:

Mucho tiempo hace que no te escribo y ya que ahora me voy a dar este gusto aprovecharé darte razón de un suceso muy particular que creo te ha de ser interesante.

El Lunes 14 de Setiembre de 1885, con motivo del asueto que se nos dió en el colejio de «Santo Tomas de Aquino», mi papá convidó a mis hermanos y a mí a que lo acompañásemos a «Las Condes», a fin de que no estuviéramos distraídos tanto tiempo en la ciudad. Llegamos ese día a las casas de la hacienda, para salir en

la mañana siguiente, Martes 15, al lugar llamado el «Come-Tierra», frente al camino carretero de los minerales, para inspeccionar los trabajos de una acequia nueva, que se sacaba del estero de Molina, faldeando los suaves lomajes del punto denominado el Romeral, donde se habían formado varios potreros.

Para la mejor explotación de este punto, se labraron caminos y se hicieron puentes. El principal, está casi al pié del pequeño cerrito del «Come-Tierra», en la conjunción de los esteros de San Francisco, Molina y Covarrúbias, principales afluentes del río Mapocho y el cual fué objeto de una historia milagrosa que te voy a referir.

Habiendo llegado el Martes 15, a dicho lugar, mientras descansábamos del viaje, mi papá subió al cerrito con la idea de colocar en él un signo cristiano. La Virgen del Rosario fué la primera que se le vino a la memoria. Ella agradeció tan bella idea desde el cielo, y demostró, como después lo veremos, que ese lugar era el sitio a propósito para que su imágen fuera venerada y para que allí, los que caminan en pos de la fortuna, rindieran un tributo de gratitud y de sincera fé a la Madre de los hombres.

Habiendo llegado mi papá, nos sentamos a almorzar y nos entretuvimos en agradable conversación. Después de terminar y de descansar

un poco subimos a caballo para ir a ver la acequia nueva.

Componían la comitiva: mi papá, don Demófilo Correa, el administrador de «Las Condes», Zacarías Corvalán, el mayordomo de ese punto, Rafael Herrera, su hermano Lucas, mis hermanos, yo y el cochero de nosotros. Pasamos tranquilo el puente sin que nada nos sucediera.

Habiendo llegado a la acequia nueva la recorrimos toda hasta su fin; viendo los trabajos hechos y cerciorándonos de su buena dirección, emprendimos la vuelta.

Cuando íbamos llegando al puente divisamos al lado opuesto, una tropa de mulas que se volvía y al encontrar nosotros el puente destrozado mi papá preguntó a varios trabajadores que estaban en la otra ribera, si aquella tropa al pasar lo quebraría. «No señor», le contestaron, poco antes que llegara, su merced, se quebró sólo; la tropa se acaba de volver porque lo encontró quebrado.»

Luego ocurrieron a nuestra mente las más naturales reflexiones. ¿Cuál habría sido nuestra suerte si este accidente se realiza al tiempo de pasar? ¿Cual de nosotros o varios o todos a la vez, según el orden en que hubiésemos entrado a él, habríamos caídos tumbados con nuestras cabalgaduras en medio de los grandes peñascos que existen debajo de ese puente, azotados fuer-

temente por las aguas del río? ¿Cómo habia quedado nuestra amorosa mamá o alguno que hubiere sobrevivido a un acontecimiento de esta clase? Eran estas consideraciones como la más horrible pesadilla.

Pocas horas hacía que habíamos pasado en tropel, por aquel puente, sin que hubiese demostración alguna exterior de estar trizadas sus maderas. El último que lo pasó, al galope del caballo, para incorporarse a nosotros fué nuestro cochero, Máximo Moreno. Nadie pasó después ni de ida ni de vuelta. Hacía más de un año que se había construido, pasando constantemente piños de animales, recuas de mulas con leña y aun carretones.

Mientras tanto teníamos que tomar alguna medida para alcanzar a llegar con luz a las casas de Las Condes. Como el río venía de crece tuvimos que resolvernos a pasar a gatas por una viga del puente que había quedado sin quebrarse. Ayudados por los buenos campesinos, quitóseles el freno a los caballos y se les echó por un vado.

¿Quien nos libró tan misericordiosamente de tamaño peligro? ¿Sería la casualidad o el destino? ¿Sería la Virgen del Rosario, que agradecida y para corresponder prontamente la idea de mi padre quiso salvarlo a él, a sus hijos y compañeros de una muerte segura? Así lo creimos todos con nuestra cristiana fe.

¡Y especiales coincidencias!

El lugar que había elegido mi papá para colocar a la Virgen, antes de que se quebrase el puente y en el cual se colocó después, dá vista precisamente al sitio del suceso. También los terceros de Sto. Domingo, entre los cuales se encuentra mi papá, celebran todos los años, en ese día, la milagrosa aparición de la Santísima Virgen, en el santuario del convento de Soriano, para obsequiar a sus humildes y pobres religiosos, un lienzo en el que estaba divinamente pintada la imagen del gran fundador del rosario.

Desde entonces, mi papá, se afirmó más en la idea de colocar una estatua de la Virgen, disponiendo la iniciación de los trabajos.

El Domingo 28 de Marzo, de este año de 1886, a los seis meses trece días del suceso referido, tuvo lugar la bendición y colocación de una muy bonita imagen de la «Virgen del Rosario» en la glorieta recién terminada, puesta en la parte más alta del cerrito, cercano al puente.

Se pensó que la fiesta fuese entre las personas de la familia y algunos amigos; pero, así que llegó al conocimiento de otros, se fué despertando el más espantoso entusiasmo. Mineros, campesinos, administradores y empleados de los fundos vecinos, se prepararon para asistir a ella.

Previa licencia de la Autoridad Eclesiástica, se anunció el día, siendo comisionado para decir misa en aquel lugar, el R. P. Frai Agustín Lucero, antiguo provincial de la Orden Dominicana y Obispo electo de Ancud.

En el expresado día, partieron de madrugada de las casas de «Las Condes», cuatro coches. En ellos iban: el Rdo. Padre Lucero, mi papá, el señor don Carlos Walker Martínez, defensor constante de las ideas conservadoras y diputado por Maipo; don Joaquín Walker Martínez, distinguido diputado por Santiago, el estimado caballero y escritor don Francisco González Errázuriz; mi primo, Joaquín Fernández Blanco, diputado suplente de Maipo y otros más.

Mi tía Rosario, infatigable cooperadora del bien y mi hermano Pastor, nos esperaban allá.

Gentes de distintos puntos y de lugares bien lejanos se dirigían también en coches, cabalgaduras y carretelas, a tomar parte en aquella manifestación de piedad.

Al llegar el distinguido sacerdote, mi papá y los que lo acompañábamos, fuimos recibidos con cohetes, voladores de luces y con vivas de entusiasmo.

En un extremo del corredor de la casita que se había construido al pié del cerrito, estaba arreglado un magnífico altar.

Principió la ceremonia con la bendición de la preciosa imagen de la «Virgen del Rosario».

Antes de la misa, el Rdo. Padre Lucero, dirigió una hermosa plática a la concurrencia, alusiva al objeto, estimulando la devoción a María.

Primera vez que en aquellos lugares apartados y a una altura de 1.290 metros sobre el nivel del mar, se celebraba el santo sacrificio de la misa. Ella fué ayudada por dos religiosos de la Recoleta Dominicana, que acompañaron al Rdo. Padre Lucero.

La misa se oyó con todo recogimiento y era solemnizada con una escogida orquesta de siete músicos.

Por primera vez también las dulces armonías de la música resonaron en aquellas alturas; y para consuelo de los buenos, en alabanza del Dios Todopoderoso que nos permitía por la intersección y bondad de la «Virgen del Rosario», verlo llegar hacia nosotros por el poder misterioso del sacerdote.

Poco después de concluída la misa tuvo lugar un modesto almuerzo.

A los campesinos del fundo y a los que vinieron de otros, se les repartieron ovejas que se tenían preparadas y algunos cabritos.

Luego se separaron en grupos por la falda del cerro y complacía verlos gozosos, asando sus ovejas y cabros ensartados en un palo.

A todos se les sirvió también café, té y chocolate.

El número de asistentes sería como de ochocientas personas.

Luego que terminó aquel tan pastoril almuerzo, se llamó a la gente para continuar la parte religiosa.

Púsose a la querida Virgen en una andita adornada con flores y cintas, designándose a los que debían cargarla y tomar las cintas dándoles esclavina para llevarla en procesión hasta la glorieta que se le tenía preparada.

Se acordó rezar los quince misterios durante el camino que se iba a recorrer, que estaba adornado con banderitas, flores y ramas. Había un signo especial en cada misterio, donde se hacía una pausa. En el primer misterio, se ostentaba un hermoso arco con un letrero que decía: «Gloria a María».

Llegamos a la glorieta que estaba adornada con ramos, guirnaldas y coronas y un pedestal de ricas piedras de cobre y plata, que le obsequiaron los mineros.

Mientras se colocó a la preciosa Imagen en dicho pedestal, se cantaron las letanías, entonándose después variados y hermosos cánticos de despedida en honor de la muy amada «Reina del Cielo y de la Tierra».

Luego se bendijeron rosarios e imágenes que se repartieron a todos.

Se repartieron también dos composiciones poéticas que don Carlos Walker Martínez, que-

rido amigo de mi papá, compuso rápidamente para conmemorar esa fecha; ambas te las incluyo.

Desde ese día, que fué como una pascua, se designa ese lugar con el nombre de «Ermita del Rosario».

Tal ha sido, querido tío, esa fiesta, que por muchos motivos es bien grata para nosotros.

Te abraza afectuosamente, tu sobrino.

Abril de 1886.

.....

Poesía de don Carlos Walker Martínez

La Virgen del Rosario de Las Condes

Recuerdo de la colocación de su Imagen en -28 de Marzo de 1886

Sobre un agreste peñón
Que a las nubes desafía,
Del Andes en la región
La cristiana devoción
Alzó una ermita a María.

La alzó cumpliendo el deber
De una alma que agradecida

Rinde culto a su poder,
Pues ella salvó su vida
A punto de perecer.

Irán los años pasando
De los tiempos al través,
Y ella allí seguirá estando
Bendiciendo y consolando
A los que besan sus pies.

Sobre su frente sagrada
Rodarán los temporales;
Mas no se verá apagada
La dulcísima mirada
De sus ojos celestiales.

Para lección y memoria
De los buenos vivirá;
Que un nuevo laurel de gloria
En las hojas de su historia
Representándole está.

En el agreste peñón
Que a las nubes desafía
Del Andes en la región
Habrá siempre devoción
Para la Virgen María!

La senda áspera y torcida
Que cruza la cordillera
Es la imagen verdadera
Del camino de la vida.
¡Allá a veces suspendida
En la región del vacío
Que hiela el eterno frío,
Y a veces en el profundo
Abismo seco, infecundo,
E inerte, triste y sombrío!

Arriba la inmensidad
Desvanece con su altura,
Abajo la noche oscura
Mata con su soledad...
Y así de una en otra edad
Y en uno y otro camino
Es el hombre un peregrino,
Que agitan fuerzas extrañas,
Y refleja en las montañas
El rumbo de su destino.

¿Qué hacer? ¿a quién invocar
Como norte y como faro,
Como puerto y como amparo
Sobre la tierra y el mar?
¿A dónde ir? Al altar
Con la invocación sagrada
De María inmaculada,

Madre del Señor bendita,
Fuente de gracia infinita,
En divino amor bañada.

Ved vuestro consuelo en ella
Y en ella vuestra esperanza,
Sol de perpetua bonanza,
Virgen de los siglos bella...
¡Noble y dulcísima estrella,
Perfectísimo ideal
De inspiración inmortal,
Los ángeles se le inclinan
Y sus ojos se iluminan
En la gloria celestial!

Por eso os llama en los dos
Camino que andando váis,
Los que por aquí pasáis
De humana fortuna en pos:
Y os dice en nombre de Dios—
«Venid a buscar consuelo
En mis brazos y en mi anhelo...
Yo soy la playa querida,
Yo soy la luz de la vida,
Yo soy la puerta del cielo!»—

**Oración a Nuestra Señora del Rosario que tam-
también se repartió**

Mira ¡oh Madrel con ojos benignos
A este pueblo que viene a tus pies,
Y escuchando su ruego ferviente
Sé por siempre su firme sostén.

Contra el cielo irritado buscamos
En tu seno un asilo de amor,
La desgracia será nuestra herencia
Si no aplacas las iras de Dios.

Tú que endulzas del triste las penas
Y conviertes en gozo el dolor,
De tu pueblo los males aparta,
De tus hijos escucha el clamor.

Da consuelo a la Iglesia afligida
Y su pueblo devuelve al Pastor;
Que tu planta quebrante de nuevo
La altanera cerviz del error.

Visitantes y Romerías

El cuaderno que se conserva con las impresiones y firmas de sus asistentes, data desde principios del año de 1901.

Las Romerías a la «Virgen del Rosario de la Ermita», se iniciaron desde la colocación de su Imagen en el cerrito en el año 1886.

Después de las misiones que se dan en el fundo «Las Condes», han tenido lugar todos los años hasta la fecha, al final de ellas.

En una de las murallas de la casita de la Ermita, que está al pié del cerrito estaba escrito con grandes letras lo siguiente: «Gran Romería a esta Ermita el 23 de Marzo de 1899. Vino el Padre García y el Padre González, del Corazón de María, y 400 personas más.

«Ermita», a 25 de Enero de 1901

Da mihi animas coetera tolle.

Presbt. M. C. Campos, Luis Rojas. Arturo Jaratt, Eduardo Montiel, Leopoldo Chazal, (salesiano); E. Perez C., Antonio M. Cridellaro, Joaquín Fernandez Blanco, Jenoveva Astorga V., María Fernández Fernández, Pedro Fernández Fernández, Jorge Fernández Fernández, Joaquín Fernández Fernández.

«Ermita,» a 13 de Marzo de 1901

Cristina Fernández F., María Fernández F., Mercedes Fernández Concha, Jenoveva Astorga V., Nominanda Garrido, Pedro Fernández Fernández, Pedro N. Barros Ovalle, Vito M. Aguanno, (salesiano); Luis A. Undurraga, Amelia Fernández de Undurraga, Joaquín Fernández B.

«Ermita,» a 15 de Octubre de 1901

Copiosa apud eum Redemptio.

Rvdos. P.P. Croveso Jeamin, Juan María Bruyere, Vito M. Aguanno, (salesiano); Joaquín Fernández Blanco, Pedro Fernández Fernández, Jorje, Joaquín y Domingo Fernández Fernández.

«Ermita,» Enero 10 de 1902

Capitán, Roberto Oliva E.; Mayor, Amador 2.º Montt.

«La Ermita,» 15 de Marzo de 1902

En nombre de todos los salesianos agradecidísimos hácia la noble familia Fernández Concha, pide al buen Dios una lluvia perenne de gracias espirituales y temporales.

† Santiago, Obispo titular de Colonia, salesiano; Hoyazzis, sac. salesiano; sac. M. C. Campos; Juan M. Monzonni, salesiano.—Joaquín Fernández Blanco, Pedro, Jorje, Joaquín y Domingo Fernández Fernández.

Romería del 16 de Marzo de 1902 y conclusión de la misión dada en

«Las Condes» por los R. R. P.P. del Venerable Claret, Mariano y González.

¡Oh María del Rosario que tantos centenares de tus hijos trajiste aquí a tus pies, para decirles: Soy vuestra madre, amadme! Soy vuestra Reina, coronadme con el Santo Rosario cotidiano...! bendice a tu amado hijo don Pedro Fernández Concha y a toda su familia, para que sea feliz en la tierra y contigo en la gloria! bendice a los moradores del valle de «Las Condes!» bendice a Chile entero para que no pierda su fé; para que cotidianamente te corone con el Santo Rosario y sea a su tiempo por tí corona-

do!—† Santiago, Obispo salesiano.—Pedro Fernández Concha, Mariano de Jesús Avellana, C. M. F.; Abraham Aguilera, salesiano; Manuel M. Fernández C.

(Publicación hecha en EL CHILENO con fecha 20 de Marzo de 1902.)

Romería a la Ermita del Rosario

«El Domingo 16 del presente tuvo lugar en la hacienda de «Las Condes», de propiedad de don Pedro Fernández Concha, una fiesta verdaderamente simpática.

Después de las misiones que se dan ahí todos los años. llevóse a cabo una romería al interior del fundo. a un punto llamado «Ermita del Rosario», donde sobre un cerrito situado entre dos quebradas, a 1,290 metros sobre el nivel del mar y en medio de la conjunción de tres esteros que son afluentes y forman nuestro río Mapocho, cerca del camino carretero que va al mineral, se alza como una blanca paloma con sus extendidas alas, como ofreciendo protección, la Virgen del Rosario, que es el faro, la estrella luminosa que guía, ya al peregrino, ya al minero, que tras de la fortuna trafican por esas montañas.

A las 9 salía la romería de las casas de «Las Condes», encabezada por el distinguido sale-

siano, Obispo de Colonia, don Santiago Costamagna y el no menos apreciable Rvdo. Padre Mariano, del Corazón de María.

Era hermoso ver los huasos a caballo con sus estandartes, las carretas adornadas con banderitas y arcos de arrayanes, coches y carretelas llenas de gente de toda condición, viejos, jóvenes niños, y pobres i ricos, que ora cantando, ora rezando, iban presurosos a rendir homenaje de su acendrada fé a la Virgen de la Ermita.

Después de dos horas de camino, llegaban y subían los peregrinos aquel pintoresco cerrito, donde está la Virgen, rezando el santo rosario, y el Ilmo. señor Obispo, con mitra y báculo, parecía un pastor seguido de su rebaño.

Llegando la peregrinación al pié de la estatua de la Virgen, el Rvdo. Padre Mariano con elocuente y poderosa voz predicó, exhortando a los fieles a la devoción al rosario, y en seguida el Ilmo. señor Obispo Costamagna antes de dar la bendición, dijo que deseaba que sobre el pedestal de la Virgen se levantara otro, y fuera como escalera para subir al cielo, formado por los corazones de los cuatrocientos o más peregrinos que en esos momentos recibían de él su bendición.

Se repartieron rosarios y santos a todos y se les invitó a un opíparo almuerzo, quedando muy agradecidos al benemérito caballero dueño del fundo. Los cuatros cieguecitos de la Providen-

cia, émulos del famoso cuarteto de Boloña, lucieron las mejores piezas de su repertorio. En medio de los acordes de la música que repercutía a esas alturas y el canto «al cielo... quiero ir...» que entonaban los peregrinos, algo como el «ave... ave María», que se canta en Lourdes, terminaba esa fiesta, dejando una gratísima impresión que confirma una vez más la fe de nuestro pueblo».

Ermita Jueves 20 de Marzo de 1932

Dolores Ruiz Fernández, Irene Mardores Solar, Cristina Fernández Fernández, Joaquín Fernández Blanco.

«Ermita», Lunes 20 de Octubre de 1902

En este sitio se admira la fé y el cariño de sus propietarios.

Aurelio González, F. Aurelio G. Ríos, Aurelio González V., Jorge Ruiz A., Carmela Zavalá V.

Ermita 9 de Marzo de 1903

Mercedes Fernández C. de Mira, Juan José Mira, María Fernandez Fernández, F., Francisco Meza V.

Romería a la Ermita del Rosario , en Marzo 27 de 1902

RR. PP. misioneros del Corazón de María,
Padre Jaime y Padre Florencio Márquez.

Pbro. Honorio Vargas, don Angel Custodio
Vicuña, Rosario Fernández Concha, Dolores,
Clarisa, Luisa y Virginia Concha Aldunate.

Cárlos Fernández C., Cárlos Silva Cruz, Joa-
quín Fernández Blanco, Mr. Mecier.

Dos hermanas del Buen Pastor.

Asistieron a esta Romería como 400 per-
sonas.

· Ermita · Marzo 25 de 1903

En devota romería
Virgen Santa de la Ermita
Venimos en este día
A exponerte nuestras cuitas,
Tú que atenta a los clamores
Siempre estás del aflijido,
Escucha nuestros gemidos,
Mitiga nuestros dolores.
Haz que brille en nuestra frente
La fé que conduce al cielo
Y que sea nuestro anhelo
Serviros hasta la muerte.

Pbro. Pedro Constansó, Pedro Fernández
Concha, Elena Fernández C., Federico Marín,

Pedro Fernández Fernández, Mercedes Fernández C. de Mira, Juan José Mira.

«Ermita», Jueves 14 de Mayo de 1903

Visitaron la Virgen y almorzaron aquí este día;

Presidente de la República, señor don Jermán Riesco y su señora, María Errázuriz de Riesco, don Carlos Lira C., María Riesco, Teresa Riesco, Ana Riesco, Joaquín Fernández Blanco, Pedro, María, Cristina, Jorge y Joaquín Fernández Fernández.

«Ermita», Febrero 8 de 1904

Los abajo suscritos almorzaron aquí este día: L. Díaz C., O. Gle, J. T. Mauro, D. Montenegro, Luis M. Fleck, Fr. P. Moreno, Frai Buenaventura Hormaechea, Frai Cayetano de Arce, Frai Joaquín María Pinto.

«Ermita del Rosario», Marzo 9 de 1904

Hoy terminó felizmente la misión dada por los Padres del Corazón de María.

Agradecidísimos estamos a tus favores, Madre cariñosa, hoy nos has bendecido al pie de tu Ermita a los numerosos peregrinos que hemos implorado tu patrocinio.

También te pedimos por la cristiana y ejemplar familia Fernández Concha, toda suerte de bendiciones temporales y espirituales.

Así lo pidió a la Virgen en el sermón que predicó en la Ermita el que suscribe.—Jacinto Tordelespar, C. M. F.—Santiago Jiménez, C. M. F.—Severino Vidaurre, C. M. F.

Asistieron a esta romería: Pedro Fernández Concha, Pastor y Manuel Fernández C., Mercedes Mira de Fernández con sus hijitos Mercedes, Carmen, Pastor y María y dos empleadas, Dña. Francisca Mansilla, Elena Fernández C. y sus hijitos Hugo y Carmen y tres empleadas y muchas otras personas.

Ermita del Rosario, 28 de Marzo de 1905

Romería con asistencia del Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Pietro Monti.—Posuerunt me custodem.—Petrus, Arzobispo de Antioquía, Delegado Apostólico.—Gabriele Colatei, Secretario Apostólico.

Salus infirmorum et peccatorum reffugium, Tu es ¡oh Maria!—Jacobus Jiménez, C. M. F.
Mater inmaculata ora pro nobis.

Vuestro nombre, jamás, Madre mía
De mi pecho, que te ama ferviente,
Roerán con su intrépido diente
Ni los hombres ni el siglo procaz
Y el dolor, cuando oprima mi mente
Y me agiten y turben pesares,
Calmaré yo esos tristes azares
Recordando tu nombre de paz,
María, madre mía.

Adolfo Echarte R., (Escolapio).

Sis mater mea benedicta a cunctis gentibus
in soecula et ultra.

Ramón Font, Hijo del Santísimo corazón de
María.—Pedro Fernández Concha, Rosalía Bar-
ros de Lecaros, Blanca Lecaros de Fernández.
Ana Lecaros Barros, Manuel M. Fernández
Concha.

Romería del 2 de Abril de 1906 a Nuestra Señora de la «Ermita
de Las Condes»

En el revuelto mundo, tu amor, oh Virgen, sea
La luz brillante y pura que guíe mi existencia
Y cuando por la parca cortado el hilo vea,
Contémpenos mis ojos, con plácida evidencia,
En la región do tú eres la más rica presea.

Virgen santa de la Ermita,
Gloria y encanto del cielo,

Bajo tu sombra bendita
Acójenos en el suelo.
La espada de tu Rosario
Ha derrocado en la tierra
De Dios al vil adversario
Que le hacía cruda guerra.
En época de desgracia
Ha encontrado siempre el hombre
En su rezo paz y gracia
Dicha y bienestar sin nombre.
Es el Rosario corona
De rosas y de azucenas
Que tegan a la Patrona
Del candor, las almas buenas.
Es su rezo melodía
De célicas emociones
Que os encanta, Virgen pía,
Y adormece las pasiones...
Desde tu augusta mansión
Bendice, Reina del mundo,
A la familia del fundo
Y a su cristiano patrón.

Florencio de Andrés, C. M. F.—Emilio Bover, C. M. F., Pedro Fernández Concha, M. Luisa Fernández de G. H., Rosalía Barros de Lecaros, M. del Carmen Concha de Villamil, Juan Villamil Blanco, Blanca Lecaros de F., Ana Lecaros B., María García Huidobro F., Rafael E. Fernández C., Dolores G. Huidobro F.,

Blanca Sulliván, Vicente García Huidobro F.,
Mercedes García H., Domingo García H. F., Pe-
dro, Fernández Fernández, Jorge Fernández
Fernández, Manuel M. Fernández C.

Romería a la "Ermita" en 20 de Marzo de 1907.

A la Virgen de la Ermita

(Amor filial)

Eres tú, Madre querida
Reina del eterno Edén,
Y en aquesta triste vida
Eres mi único sostén.
Sin tí, yo no viviría,
Que es tristísimo vivir
Huérfano. mejor sería
No haber nacido, o morir.
Prometí yo siendo niño
Consagrarme a tí, María
Y ofrecerte mi cariño
Mi dolor y mi alegría.
De mis ojos siempre el llanto
Secas tú, Madre querida
Con tu azul celeste manto.
Y esto a amarte me convida.
Por eso aquí, en este día
Y en aquesta soledad
Te canta la lira mía
Con gratísima piedad

¡Sé faro del peregrino
Que solitario camina,
Sé su consuelo divino,
Y su apagada fe animal
Premia aquí a los que te amaron
Con fe esperanza y amor;
A los que aquí te elevaron
Un trono, bendícelos hoy.

ADOLFO SCHARTE R.

Escolapió

Ihs.

Eres tu, bella María,
El embeleso del alma,
Dános la dicha y la calma
Que a pedirte en Romería
Subimos a tu Mansión
Para ofrecerte hoy devotos
Nuestros más filiales votos,
Todo nuestro corazón.
Míranos, pues, Madre mía,
Danos ya tu bendición.
Protege a la Escuela Pía
Y a los que tienes por hijos
De tu puro Corazón.
Regina Sacratísima Rosari,
ora pro nobis.

MANUEL VALLHONRAT

del Corazón de María.

Virgen pura, sírvenos de
amparo y protección que de todo
corazón te pedimos consigas
del Cielo eterna bendición

VICENTE SERIOLA U.
Escolapio.

En la cima de estos montes que magestuosa-
mente nos contemplan, grabar quisiera de una
manera indeleble estos momentos de solaz y
descanso para el cuerpo y paz y alegría para el
alma; y al mirar a mi alrededor para depositar-
los como yo querría no encuentre otro más apro-
pósito que el Corazón de María

P. HIPÓLITO HUGARTE
Escolapio

María, ora pro nobis.

RAFAEL LIRA INFANTE

DIONISIO CUEVAS
Escolapio

ANICETO ARIÑO, C. M. F.—JORJE TRONCOSO—
MARÍA DEL CARMEN LIRA.—BLANCA LECAROS
DE F.—MANUEL M. FERNÁNDEZ C.

Protéjenos Virgen Santa.

M. Adelaida Lira Infante

Buscad en Dios la felicidad y la encontrareis.

Terésa Castillo U.

Madre mia, bendecid y protejed a nuestra familia; y haced que todos nos reunamos contigo en el cielo; te lo pide tu amante hija.

Carmela Lira Infante.

Para la Virgen

Tu calmas en los campos
la tormenta,
Te adoran desde lejos los pastores,
Cubierto está el peñasco en que
te asientas,
De lágrimas y flores.

Un visitante a la Romería.

Mercedes Villamil Concha.—Delia Castillo.
—Dolores García H. Fernández.—Osvaldo Fernández Castillo.

¡Oh María! Tú que ves nuestras lágrimas, enjúgalas.—Berta Castillo U.

¡Madre mia! mi porvenir en tus manos lo entrego.—María García Huidobro F.—Corina Cas-

tillo de F.—M. Luisa Fernández de G. H.—J. Villamil Concha, Jorge Fernández F., Ciro Castillo U., Vicente García H., Luis Ruiz Fernández.

¡A María!

Permíteme, madre mía,
En esta simpática Ermita,
Consagrarte el alma mía,
Por siempre, Virgen bendita.

Permíteme, igualmente,
Rogarte en este día
Por mi buen padre, ... ausente...
Que te amó a porfía.

Sé, Virgen pura y hermosa,
De mi familia el sosten,
A mi madre amorosa,
Siempre en tu amparo ten.

Haz que, tuyos, en el suelo
Felices te imitemos
Y que juntos en el cielo
A tu Hijo celebremos.

Alejo Lira Infante.

20 de Marzo de 1907.

Hoy Miércoles 20 de Marzo de 1907 día de la Romería a la (Ermita) del Rosario de «Las Condes», se celebró por primera vez desde la creación del mundo, el Santo Sacrificio de la Misa en la capilla construída y costeada por mi hijo Manuel María, al pié de la estatua de la venerada Virgen del Rosario, a 1,290 metros sobre el nivel del mar. La dijo el Rvdo. Padre Manuel Vallhonrat del Corazón de María, que dió la misión en el fundo con el Rvdo. Padre Aniceto Ariño, C. M. F.

Solemnizaron la misa cinco sacerdotes con sus roquetes, haciendo de asistente del celebrante el Rvdo. Padre Rector de los Escolapios Dn. Vicente Seriola Ugalde, y presentes también los RR. PP. Adolfo Echarte, Hipólito Ugarte y Dionisio Cuevas, escolapios.

La orquesta de las Huérfanos de la Providencia tocó una escogida misa y la salve de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, como se refiere en la hermosa y bondadosa descripción que hace el Rvdo. Padre Hipólito Ugarte, que en seguida se inserta.

Comulgaron varias personas, siendo la primera mi hijo Manuel María.

Hubo numerosa concurrencia.

Que todo sea para honra y gloria de Dios; y por tu Inmaculada Concepción, ¡oh Santísima Virgen del Rosario de la Ermita!, haced que

sean santos y puros todos tus devotos.—Pedro Fernández Concha.

Era el día 20 de Marzo de 1907, y ya desde la mañana llamaba extraordinariamente la atención el movimiento inusitado que se notaba en todos los caminos que desde Apoquindo, Lo Fontecilla y Poblado de Bonechea afluyen hasta Las Condes. Y ¿cuál era la causa? Ella no podía ser más tierna y conmovedora; después de ocho días dedicados exclusivamente a oír y confortar sus almas con la palabra divina que con tanta unción salía de los labios de dos dignos Sacerdotes del Corazón de María, todos los habitantes del vasto fundo que el digno Sr. Manuel María, hijo del no menos digno Don Pedro Fernández Concha, rige y gobierna como un verdadero padre al estilo de los antiguos patriarcas inculcándoles en sus almas los dos amores que más ennoblecen al hombre en su paso por la tierra, el amor de Dios y el amor al trabajo, coronaron la gran obra realizada por la Sta. Misión, yendo a poner sus resoluciones y buenos propósitos de un año a los pies de aquella que hace veinte siglos inunda el mundo con los resplandores de su gracia y con la gracia de sus bondades, la Virgen Santísima del Rosario; tal es la respuesta a la pregunta, ¿Cuál es la causa de tanto movimiento, de tanto gozo y alegría? Meditad un poco con atención, y des-

pues me diréis si no había justo título para ello. Serían como las diez de la mañana cuando despues de hecho el recorrido que hay desde «Las Condes» a la Ermita, que cual verdadero faro se balancea en las altas cumbres de los Andes derramando por do quier rayos de luz divina, unos en coche, otros en cabalgaduras, y los más en bien enfloradas carretas que si caminaban tan despacio era porque iban grabando en las rocas de la montaña las letras de María, al paso que entonaban cánticos de alabanzas a la Reina de los cielos rezando su Santísimo Rosario, todos en una compacta multitud que no bajaba de 400 almas, por debajo de los arcos triunfales que desde la víspera la piedad de los fieles había levantado íbanse postrando a los piés de la Reina coronada.

Pero la paz en el alma y la piedad en el rostro subió de punto cuando el Sacerdote de Dios, revestido de las insignias propias del ministro del Altísimo, ofreció por primera vez y desde que el mundo es mundo, el sacrificio que de su Hijo hizo Dios en la colina del Calvario, allí en aquel segundo Sabor sobre esta otra colina de los Andes se puede decir que todos, cual otros Cristos fuimos transportados por sobre el mezquino polvo de la tierra a las regiones de la inmortalidad al dulce concierto de las voces infantiles que son los ecos mas puros de los espíritus celestes que en el trono de Dios le alaban sin

cesar; romero hubo que no pudiendo contener sus lágrimas dentro de sí mismo, daba rienda suelta a su llanto para desahogar de alguna manera su pecho que estaba a punto de estallar a impulsos del gozo y alegría que lo embriagaban, en esos mismos momentos y en medio de una atmósfera pura y limpia que reina a esas alturas, símbolo de la pureza de los cielos, Jesucristo oferente y ofrecido, presentó a su Eterno Padre la hostia propiciatoria por los hombres, al son de las dulces armonías que expresaban los escogidos cantos que allí se ejecutaban con la natural gracia con que saben hacerlo los pobres e inocentes huerfanitos, y sobre todo los conocidos ciegucecitos de la misma Casa de Huérfanos; entre otros cantos los principales que se cantaron son: la célebre «Ave María» y el devoto «Se Nascens» de Lambillotte, el «Salve Estrella de los Mares» de Oudrid y la gran Salve del famoso compositor español, el Presbítero Don Hilarión Eslava, Salve que fué compuesta expresamente para cantarla en el gran templo del Pilar de Zaragoza, y ¡quién había de decir que ese hermoso himno a la Virgen compuesto como he dicho para estrenarlo en uno de los templos más suntuosos del mundo, dedicado a la Madre de Dios y nuestra por el antiguo Apóstol Santiago, se había de cantar después de 50 años en honor de esa misma Virgen en el templo más imponente y grandio-

so de la naturaleza que tiene por pavimento los Andes, y por bóveda el firmamento y dedicado a esa misma Reina de cielos y tierra por este mismo apóstol que como el antiguo deja huellas de su piedad y devoción por do quier; albricias mil a tan digna persona, y tenga por seguro, pues no lo digo yo sino uno de los santos más grandes de la Iglesia, San Bernardo, que si la Virgen ha dicho y si lo ha dicho lo cumplirá Qui elucidant me vitam eternam habebunt, los que me honran tendrán la vida eterna, la felicidad y la dicha las tiene prometidas para sí y su familia en esta vida con el amparo de María y en la otra con la visión de Dios.

P. HIPÓLITO HUGARTE.

(Publicación hecha en LA UNIÓN, el 22 de Marzo de 1907)

Hermosa Fiesta

Subiendo la Cordillera de Los Andes, por la pintoresca quebrada del Mapocho, a 1,290 metros sobre el nivel del mar existe un precioso paraje denominado «La Ermita», hermoso valle rodeado de inmensas montañas, a cuyos pies fórmase el río Mapocho por la confluencia de varios caprichosos esteros.

Allí, en la cima de una meseta, artísticamente colocada sobre un bello pedestal, se alza esbelta y arrogante una hermosa estatua de la Virgen del Rosario, erigida por el dueño de aquella comarca, que forma parte del fundo «Las Condes», el acaudalado a la par que virtuoso patriota, don Pedro Fernández Concha.

Siguiendo una ya antigua y piadosa costumbre, anteayer, último día de las misiones que anualmente dan en dicho fundo los religiosos, Hijos del Sagrado Corazón de María, se efectuó una solemne peregrinación a aquel santuario, formada por centenares de personas de toda clase y condición, moradores de los fundos circunvecinos.

El trayecto hasta la «Ermita», distante como cuatro leguas del plan, lo recorrieron los peregrinos, unos en carruajes, otros en carretas, éstos a caballo, y no pocos a pie; admirando toda la belleza del camino que presenta a cada paso nuevos y más preciosos panoramas que admirar.

Una vez reunidos en crecido número en la artística capilla que al pié del monumento ha hecho construir con religiosa piedad, recientemente, el actual arrendatario de «Las Condes», don Manuel M. Fernández C., comenzó la Misa, que fué oficiada por el Director de la Misión, el R. P. Manuel Vallhonrat, quien al final de ella dirigió una breve y tierna exhortación.

Terminada la Santa Misa se les sirvió a los romeros un succulento almuerzo, que fué amenizado por la orquesta de los huérfanos de la Providencia, quienes tocaron escogidos trozos y cantaron graciosas coplas.

Como a las dos de la tarde la inmensa concurrencia, arrodillada al pie de la estatua, rezó en coro, llena de fe y amor, el Santo Rosario, terminado el cual, el R. P. Adolfo Echarte, escolapio, pronunció un elocuente sermón, encareciendo la devoción a María Santísima.

Al caer la tarde, retiráronse los peregrinos, gratamente impresionados por tan hermosa romería, que revistió este año mayor solemnidad que en los anteriores.

Asistieron a esta simpática fiesta religiosa, entre otras, las siguientes personas:

Rvdos. Padres Manuel Vallhonrat, Aniceto Ariño, del Corazón de María, Vicente Seriola, Adolfo Echarte y Hipólito Hugarte, escolapios, señores Pedro Fernández Concha, Manuel M. Fernández C., Salvador Castillo, Rafael Lira Infante, Vicente Huidobro, Alejo Lira Infante, Luís Ruiz Fernández, Jorge Fernández y las familias Fernández Lecaros, Lira Infante, Fernández Castillo, García Huidobro Fernández y Castillo Urizar.



ERMITA DEL ROSARIO DE LAS CONDES.—LA VIRJEN Y SU CAPILLA.—ROMERIA
DEL 20 DE MARZO DE 1907

«Ermita» 10 de Enero de 1908

Hoy, he tenido el gusto de visitar la bonita capilla levantada en honor de la Virgen del Rosario, en la hacienda de Las Condes, por la piedad de mi querido y distinguido sobrino Manuel M. Fernández Concha, a quien la Virgen proteja en un todo, como él lo merece, a la vez que a su querida esposa e hijos.

Pedro de Santiago Concha.

Enero 10 de 1908.

Romería a la «Ermita del Rosario», en Marzo 23 de 1908

*A la Virgen del Rosario, en la Romería a la
«Ermita»*

Derramad, derramad bendiciones
Y otorgádnos déficos dones
Santa Virgen y Madre de Dios;
Desde ahora, hacednos que en pos
De las santas virtudes corramos
Por la senda del bien hácia el cielo.
Dó morar venturosos podamos
Siempre juntos con févido anhelo
Y con voz melodiosa cantar
Las grandezas del Dios Poderoso

Cuyo influjo por siempre amoroso
Ha de ser nuestro eterno gozar.

Acoged bondadosa este canto
Que mi lira os consagra gozoza
Y escuchadme, os suplico, amorosa
Este ruego mezclado con llanto.
¡Ah! no esperes nó, Madre querida,
Oír cantos del cisne armonioso,
Son acentos de una alma aterida,
Son los ayes de un pueb'lo angustioso,
Desde aquí, Madre tierna adorada,
A tus hijos, que sufren, consuela,
Una plácida y dulce mirada
Dadnos siempre, que el alma la anhela.

Dadnos fé y esperanza y amor.

A los que siempre te amaron
A los que aquí te elevaron
Un trono, ¡ahl bendícelos hoy.

ADOLFO E. HARTE R.

Escolapio.

Virgen, Madre Omnipotente,
Del cielo noble Princesa,
¿Por qué te hiciste condesa
De esta bella soledad?

¿Por qué ostenta dulcemente
Tu diestra el santo rosario,
Como timbre nobiliario
Emblema de autoridad?

Tesorera de los cielos
Te colocas en la sierra
Para así inundar la tierra
Con los ríos de tu amor;
Que esos ríos celestiales
De tus venas se desprendan
Y en llamas de amor enciendan
El seno del pecador.

De la Ermita solitaria,
Donde tu grandeza escondes,
Gran Señora de Las Condes
Escucha nuestra oración;
Y al mortal que peregrina
Por estos valles de llanto
De tu agosto y noble manto
Escude la protección.

A todos los peregrinos
Que en ferviente romería
Suben esta serranía
Por verte a saludar,
Encierra en tu seno amante
Y haz que el año venidero

Con el placer más sincero
Te vuelvan a visitar.

SILVESTRE ALVAREZ

C. M. F.

Al visitar por vez primera la Ermita de la Virgen del Rosario, séame permitido consignar en este libro mi admiración, al contemplar la fé y religiosidad del pueblo chileno hácia la Madre de Dios.

Si según se lee en la Sagrada Escritura, los que la enalzan obtendrán la vida eterna, el pueblo chileno tiene asegurados sus destinos eternos: y los que con su prestigio y religiosidad, y aún con su fortuna contribuyen a la gloria de María, merecen el aplauso de la posteridad, recibiendo aún en esta vida el ciento por uno.

DOMINGO SEVIL,

De las Escuelas Pías.

Las quebradas y los cerros, los ríos y los prados, los hombres y los ángeles, tienen en este lugar un altar donde canten las alabanzas de la

Virgen y pasar felices horas cuando sufran sus
corazones los azares de la vida.

J. ESTEBAN.

C. M. F.

Bendice, Madre querida,
A tus hijos amorosos,
Dáles salud y vida
Y haz que alegres y gozozos
Vengan de nuevo a verte
En el año venidero.

RAFAEL LIRA INFANTE.

1908, 23/3.

La paz, la alegría y la felicidad, estan de asien-
to en esta mansión.

María del Cármen Lira.

Madre Santísima: Dignaos concederme la
gracia de que lleve siempre dignamente el título
de hijo vuestro, que es mi único timbre de or-
gullo.—Alejo Lira I., Pedro Fernández Concha,
Manuel G. Astorga, Presbítero; Irene Lecaros
Barros, Pedro Fernández Fernández.

23-III-1908.

Haced, madre querida, que tu amor se conserve siempre en mi corazón.—Luisa Lira Infante, Blanca Lecaros de Fernández.

23-III-1908.

Ermita, Marzo 23 de 1908.

En una bella colina
Cubierta de hermosas flores
Llenas de suaves olores,
Un altar se levantó
Y de una Virgen purísima
Hermosa, eterna e infinita
Flor perfumada y bendita,
Su Imagen se colocó.

Brotó para la fé cristiana
Esa flor, en ése altar,
Do a sus piés va a cantar
La plegaria el peregrino
Que le dá descanso y vida
Donde entre el dulce murmullo
De las aguas, cual arrullo,
Canta el ave acento trino.

¿Y porqué en este lugar
Tan lejano y solitario,
Su Imagen y su Santuario,

Se le hizo aquí levantar?
—Porque la fe lo ha querido,
Por un milagro patente
Que no queda en el olvido.

Era un día de paseo
Y con nuestro padre fuimos
A «Las Condes», por recreo,
Y a un lugar que salimos
Del fundo, a su interior,
En un peligro nos vimos
Que nos causó gran pavor.
Para ir a ese lugar
Existía un solo puente
Del Mapocho y sus esteros,
Que venía de creciente
Se atravesó sin cuidado
Mas, al volver nos dijeron:
Cayó luego, de repente,
Lo que habíamos pasado;
Un momento de demora
Al pasar, con su caída
Nos había destrozado.
¿Quién nos libró por ventura,
De una muerte segura?
¿Cómo poder regresar
Sin otro paso encontrar,
Si no fuera por María
Que dispensó gran favor,
Dejando por bienechora

Una viga salvadora
Que nos sirvió de escalon?

Es claro, es evidente,
Salvarnos de la corriente
De los esteros, del río,
Y con su gran poderío,
Librándonos de la muerte.

Todos así lo creímos
Con nuestra cristiana fe,
Que lo que pasó y vimos,
Un milagro no más fué.

Y viendo tu protección,
A tus piés Virgen bendita,
Venimos con devoción,
Gratitud en el corazón,
A visitarte a la Ermita.

Manuel M. Fernández C.

Marzo 23 de 1908.

Madre querida, tu amor lo heredamos de
nuestro padre, que aquí os alabó; te pido que
le tengas cerca de vuestro trono y atiendas los
ruegos que él hará por nosotros. Dios te salve
María.

Cárlos Lira Infante.

Marzo 23 de 1908.



ERMITA DEL ROSARIO DE LAS CONDES.—MARZO 23 DE 1908

Renovando mi entera consagración a Ti, te pido la gracia de que veles por tu hija.

María Adelaida Lira Infante.

Romería a la Virgen del Rosario de «Las Condes» en 18 de Marzo de 1909, con motivo de la Misión dada en el fundo por los PP. Braulio Sos y Antonio Martínez.

Consolatrix afflictorum.

—Marie—BRAULIO SOS.

Misionero del Corazón de María.

Es mi Madre la Madre de Dios mismo,
La Reina del Edén, la del abismo
Potente Emperatriz.

No envidio, no a los ángeles del cielo,
Su Señora es la Madre de mi anhelo
¡Oh! cielos!... Soy feliz!

JOSÉ MARÍA CODERA,

Misionero, Hijo del Sdo. Corazón de María (alias) Acorde.

¡Oh María! nuestra esperanza y alegría, oye las súplicas de todos los que en piadosa romería, hemos llegado hasta el trono, que fervientes católicos os han erigido en estos pintorescos

lugares. No permitas que nos extraviemos por los caminos ásperos y sinuosos de la vida.

MANUEL PAZOS, de la Virgen del Pilar,
Escolapio.

Per te, Virgo, sim defensus.

ANTONIO MARTINEZ.—C. M. F.

Sed siempre Virgen Madre del Rosario nuestra guía y nuestro amparo; en esta vida piedad tened de este pueblo, Virgen Santa del Rosario.

VICENTE SERIOLA U.,
Escolapio.

Siempre fué la paz del alma
De María el Corazón.

MODESTO VILA.—C. M. F.

Blanca Lecaros de F., Manuel M. Fernández C., Rebeca y Manuel Fernández Lecaros, David González G.

En esta Romería se bendijo al San Francisco de Asis, mandado hacer al escultor don Felipe Coscolla y colocado, días antes, en un pedestal que se mandó construir en el mismo cerrito, debajo de una antigua glorieta en la que estuvo antes la Imagen de la Virgen del Rosario, que ahora está en la capilla.

El 15 de Marzo de 1909, durante la misión en el fundo, se colocó sobre la puerta de la ca-

pilla de la Ermita, una plancha de mármol con la siguiente inscripción:

«A la gloria de María, Madre de Dios en estas montañas, dedica esta capilla su humilde hijo Manuel M. Fernández Concha». — «Se principió la construcción el 8 de Setiembre de 1906. Se inauguró el 20 de Marzo de 1907».

Esta plancha de mármol fué bendita por el Rvdo. Padre misionero Antonio Martínez, del Corazón de María, que vino ese día.

Romería a la Ermita el 10 de Abril de 1910

Gloria a María Santísima del Rosario. Alabemos, ensalcemos y glorifiquemos a María por todos los siglos. Así sea. ¡Oh María! Reina y Señora de estos montes, te reconocemos, aunque el sol te ha descolorado, pues aunque morena, eres la más simpática de las criaturas. Tú eres nuestra prenda y nuestro tesoro. Nuestros ojos se dirigen sin cesar a tí, míranos tú también propicia. No nos olvides, pues hemos venido a verte. Lo hermoso del paisaje donde habitas nos hace saltar de alegría; pues vemos que los montes y collados saltan de gusto; los árboles y los arbustos se postran reverentes a tus pies; y los torrentes que te rodean parecen murmurar una plegaria y entonar sin cesar el

Ave María. A tus pies nace el famoso río Mapocho que baña con sus turbias aguas tu hacienda de Las Condes y llega hasta la capital.

Con todo el afecto de su corazón filial, celebran todos tus grandezas los que firmamos.

P. JOSÉ COMA.—C. M. F.

DAVID SANTA CRUZ.—Sch. P.

AMBROSIO M. GARCÍA.—Misionero del Corazón de María.

Modesto Vila, C. M. F.—Manuel M. Fernández C. y familia.

«Ermita», 27 de Marzo de 1911.

Romería precedida por los Rvdos. P. P. del Corazón de María, Saturnino Apellaniz y Máximo Las Heras. Asistieron buen número de personas.

Romería a la Ermita en 24 de Marzo de 1912

¡Cuán grande a Dios se concibe
En aquesta soledad!
¿De quién sino de El recibe
Su aliento la tempestad?

ZORRILLA.

Podréis arrancar al hombre la fé, puédesse en su corazón borrar la imagen esplendorosa

del Dios Omnipotente; empero jamás lograráse sustraerlo al influjo de su credulidad.

Dentro de nosotros mismos existe una propensión que nos arrastra al misterio; y he aquí porque el hombre cuando se encuentra en frente de la desgracia, cuando el dolor golpea fuertemente en nuestro corazón, cuando la soledad nos envuelve en una letal atmósfera, que semeja un funerario crespón, entonces, nuestro espíritu que se complace más en vagar por las oscuridades del arcano que en inquirir las causas naturales de los fenómenos que admira... recurre a esa estrella luminosa que el Señor colocara en el firmamento de la gracia, que es María, madre de Dios y madre nuestra, y... mirando a ese faro que dirige la ruta del viandante, se halla fuerte porque su escudo es María, y ni la desgracia le abate, ni el dolor deja inerte su corazón, ni la soledad le es triste y funeraria, porque María para el creyente lo es todo, su luz, su alegría, su santa compañía, *su amor, su fé, su Esperanza*. ¡Oh Virgen Santa del Rosario! protege con tu manto celestial a esta piadosísima familia Fernández Concha, cuya felicidad la cifra en vuestro culto y en vuestra gloria; sé consuelo de los afligidos que viven en estos sitios de soledad y bendícenos a todos.

ADOLFO ECHARTE R.

Escolapio.

¡Bendito lugar éste en que tan bien se ama a la más querida de las madres! Servus tuus ego sum.—Julián Cea, C. M. F.

In excelsis gloria et Marie.—Braulio Sos, C. M. F.

Oh Virgen del Rosario en tus manos pongo el porvenir de mis hijos.—Blanca Lecaros de F., Manuel y Rebeca Fernández Lecaros, Manuel M. Fernández C.

Romería a la Ermita, el 20 de Abril de 1913

Levavi oculos meos in montes unde veniet auxilium mihi.—Ps 120.

Montes hi Jesu et Marie.

María auxilium est christianorum.

Levantaré todos los días mis ojos suplicantes a María y su corazón maternal se conmovirá y será salvación para mí.—Agapito Cabañas, C. M. F.

Después de ocho años volví por tercera vez a visitarte, madre mía, con vida y con salud para balbucear tus glorias.—Santiago Jiménez, C. M. F.—Abril 20 de 1913.

Madre mía, compadécete de tu hijo.—David García Huidobro, Manuel M. Fernández C. David González.

Publicación de la Romería del 20 de Abril de 1913 en la Revista de «El Inmaculado Corazón de María», del 26 de Abril del mismo año.

UNA VISITA A LA VIRGEN DEL ROSARIO DE «LAS CONDES»

Todos los grandes afectos necesitan expansión exterior. Las manifestaciones exteriores de los sentimientos que bullen tumultuosamente en el pecho, son descanso del corazón y son al mismo tiempo, como los monumentos en que recuerda el alma los fervores antiguos, junto con el magnetizante objeto que los excitó.

Las manifestaciones del culto católico son vida del corazón cristiano por ambas razones a la vez. La religión católica que tiene poderosos medios para levantar olas gigantescas de sentimientos variados, no carece de un mar brillante y límpido en que con libertad se muevan y ejerciten su fuerza por medio de su magnífico y sabio culto exterior.

Y estas manifestaciones imprimen en el alma como en hoja de acero el amor que las engendró; pero un amor vivo, capaz de volver a producir nuevas olas de entusiasmo y amor, que levanten a Dios murmullo perpetuo de alabanzas.

¡Cuánto han errado por tanto los protestantes al matar por sistema, por espíritu novador, el espléndido y conmovedor culto católico en sus Iglesias—salones! ¿Acaso por ser Dios espíritu deja de ser el Creador de la materia? ¿Acaso por ser inmortal e inmutable deja de ser el autor del perpetuo movimiento de las olas del océano? ¿Acaso por haber puesto al sol y a la luna por reguladores de la actividad humana, deja de ser el autor de las estrellas del firmamento, que ejercen su influencia sobre nuestro planeta, si bien es secundaria?

Así, aunque a Dios debe adorársele en *espíritu* y *en verdad*, el cuerpo del hombre debe doblarse cuando su espíritu se humilla delante de la Majestad suprema; y cuando el alma humana se agita conmovida por una ráfaga del Espíritu vivificador, el cuerpo se mueve en las procesiones y peregrinaciones como en expresión de la vida sobrenatural que a aquella anima; y cuando el Sol del Paraíso eterno que es el Cordero de Dios envuelve en su luz a sus planetas y cometas, que son los santos, iluminándolos, nuestros ojos se recrean en contemplarlos y amarlos, por la luz del Sol Jesús que en sus santos resplandece.

Todas estas consideraciones me hacía los nueve días de la Misión que en el inmenso fondo de «Las Condes», de D. Pedro Fernández Concha, precedió a la Peregrinación a la

Ermita de Ntra. Sra. del Rosario, levantada en él por la piedad agradecida de D. Manuel Fernández C.

La Peregrinación en perspectiva que tradicionalmente viene a cerrar la misión, llenaba desde el primer día los pechos y el pensamiento de todos; y por llevarla a cabo con entera satisfacción propia, desde muchas leguas, del abierto llano y de los senos recónditos de la montaña, desde los campos de eterno verdor, y desde las nieves eternas en que asientan sus casitas los mineros, bajaban hombres y mujeres a escuchar la palabra de Dios y reconciliar su alma en el sacramento de la penitencia y sellar para siempre su reconciliación con Jesús en la sagrada comunión.

Es, por cierto, enternecedor el sacrificio que estos buenos cristianos se imponen por su Dios y por su Virgen del Rosario ¡Cuánta verdad es que de los pobres es el reino de los cielos!

La Iglesia espaciosa y el corredor adjunto se llenaban todas las noches de devotos fieles, de manera que a pesar de las dificultades que para remudarse los habitantes de una casa misma les oponen la distancia, las comuniones que se repartieron se acercaron a mil.

También es verdad, sin embargo, que desde muchos años no se había visto misión más concurrida.

El sábado 19 del corriente, ya no quedaban por vendimiar a los operarios del Señor sino los racimos de rebusca; la cosecha espiritual estaba completa; ya todos los cristianos unidos en Cristo; sentían fermentar sus corazones con el amor.

El Domingo siguiente debía manifestarse con su expansión propia en la peregrinación, el amor atesorado. Aun era de noche, y del fundo «La Dehesa», de «Barrenechea», y de «Las Condes», se veían afluir luces al camino que guía al interior de la montaña, remontando el curso del Mapocho. Desde las dos de la mañana tomaron el camino los de a pie; de las tres a las cuatro los que quisieron hacerlo en carreta; a las siete y media y a las ocho y media los grupos de a caballo que ya habían oído su misa en la Capilla de «Las Condes».

Después de dicha misa a las seis, subí sobre mi caballo corredor, acompañado de un grupo de valientes campesinos.

La mañana era por demás agradable; aunque no hubieran madrugado tanto los peregrinos de a pie, el sol no les habría molestado en ascensión a la Ermita; porque un fresco toldo de nubes se extendía por todo el horizonte protegiendo de los rayos solares nuestro camino.

Galopamos unos minutos para dejar atrás alguna carretela que nos enviaba más polvo del

que quisiera ella, y deteniendo nuestra carrera en la primera repechada, comenzamos en nuestro grupo a entonar el *Viva María* y a rezar la primera decena del Santísimo Rosario; lo que se repetía en todas las partes del camino en que para dar descanso a los animales dejábamos el galope y tomábamos el paso.

Al tender la vista por el estrecho, hondo y sombrío cajón del Mapocho, los ojos seguían sin dificultad la línea blanca del camino carretero, trazado para el servicio de las minas, que se retorecía, se escondía en el seno de las quebradas, y reaparecía luego sobre el rocoso pecho de los cerros, como áspera cinta de cáñamo, que sostuviera su burdo y selvático ropaje.

Pero aquel día no se percibía la carretera uniforme y estirada indefinidamente, imponiendo desaliento en el alma que no distingue el fin; en toda su longitud se divisaban pelotones de peregrinos envueltos en movibles nebulosas de polvo, que daban animación al imponente y tristón aspecto de la naturaleza en ese paraje.

Nosotros galopábamos casi sin cesar y al pasar los distintos grupos que a pie, en carreta o a caballo se dirigían a la Ermita, notamos que nuestras recomendaciones habían sido cumplidas: a casi a todos sorprendimos con la plegaria en la boca; así entre charla y charla animadas de sana alegría, se mezclaban los cantos

a la Virgen y el rezo de alguna decena del Rosario.

Pasamos de la ladera sur a la falda norte por puente de Ñilhue sobre el Mapocho; una fresca y abundante vertiente se despeñaba del cerro hasta el camino, convidando con su boca llena de sonora y fresca risa a que probáramos sus limpias y no aderezadas aguas montañosas; el ruido sordo del apasionado Mapocho continuaba retumbando a nuestros oídos a pesar de la considerable hondura a que desde nuestra pasada por el puente lo habíamos dejado. Así en medio de infinita variedad de impresiones, que dejaban en nosotros el gusto de mil delicias sencillas y fuertes como la naturaleza y las gentes que nos las producían, cuando aún no lo esperaba, me anunciaron que un sólo pliegue saliente de la falda ocultaba a mi vista la suspirada Ermita, Casa de nuestra Madre del Rosario, que se ha avecindado entre los cristianos habitantes de «Las Condes».

Efectivamente al doblar aquella última punta el cajón estrecho del río santiaguino se bifurcó y se abrió súbitamente como un escenario, desplegando a nuestra vista un paisaje soberbio y alegre.

Al frente se alzaba altivo, vestido con desgaire, un cortado cerro, especie de punta de diamante, en que el verde estero de San Francisco, bajando atropelladamente por el lado

Noreste, se mezcla con el Mapocho de limpias aguas, manchándolo y envenenándolo con su sulfato de cobre que lleva en suspensión. Frente a ese cerro al poniente del mismo, otra altura más regular y más graciosa, a cuyo pie se mezclan así mismo los dos ríos nombrados ostenta como una corona regia la graciosa Ermita de Nuestra Madre del Rosario de «Las Condes».

Allí encontramos reunida multitud de personas venidas de los cuatro puntos cardinales, introducidas allí desde el llano, sacadas otras de las profundidades de las quebradas por el atractivo de la Virgen y rodeándola a ésta con sus corazones.

Los encargados de ello habrían degollado y *descuerado* las reses que en regulares raciones iban cayendo en los hirvientes *fondos*, otros habían atravesado en duros palos, corderos enteros y volteándolos sobre el fuego los asaban, preparando así los sabrosos bocados que debían repartirse después como almuerzo a los concurrentes a la fiesta.

Mientras éstos adelantaban y terminaban estas necesarias operaciones, llegaba como a las diez y media el Rvdo. Padre Jiménez, que después de haber dicho una misa en la Capilla de las Casas iba a decir otra en la Ermita para los peregrinos.

Subieron todos al hermoso cerro y oyeron la

misa y plática de dicho Rvdo. Padre; comulgaron los que tuvieron la dulce devoción de estarse en ayunas hasta entonces para hacerlo, rezaron todos un rosario con los tradicionales cantos, y, cumplido ya con Dios, descendieron a ver terminar la sabrosa y abundante comida y a participar de ella.

Terminado el succulento almuerzo, refrescado con sandías y melones en abundancia, se desparramaron los peregrinos por las riberas del San Francisco y del Mapocho, entreteniéndose alegremente hasta que la compañía los reunió de nuevo al pié del cerro de la Ermita para organizar la procesión con que debían terminar las fiestas.

Por fin repartidos centenares de rosarios y estampas entre los concurrentes, subieron todos de nuevo a la Ermita en bien alineadas filas, cantando a la Virgen y rezando el Santísimo Rosario.

Hay en el exterior de la Ermita, construído de cemento, un púlpito sombreado por un hermoso maitén que hace el oficio de tornavoz y baldoquino protector contra los rayos.

Subido en él, después del Rosario, me disponía a abrir los labios para anunciar las alabanzas de María cuando en el fondo formado por los llanos de Santiago, sonó obscuramente el trueno con que anunciaban las nubes a los labradores la magnificencia de Dios que les en-

viaba el precioso y alegre don de las primeras lluvias. Las nubes estaban a nuestros pies y no podían mojarnos. Así es que a mí me parecieron voces con que el cielo se juntaba a nosotros y a los demás elementos para cantar las glorias de María.

En efecto las alturas en que la Virgen está alzada nos decían al alma, rato hacía, la grandeza o alteza de María; las eternas nieves que estaban a nuestra vista, y, a nuestro parecer, casi al alcance de la mano, nos representaban su eterna e imperdible pureza; los favores que muchos habían ido a agradecerle nos demostraban su liberalidad y amor; el espumoso y verde San Francisco que inútilmente procura roer el pié del cerro de la Virgen, nos simbolizaba la victoria de la Señora sobre el enemigo de la salvación; los gigantescos montes nos semejabán el alcázar mariano a cuya cima no llegan los rayos vengadores que herían al llano.

¿Qué tenía pues, de extraño que el trueno nos pareciese el heraldo y pregonero de las glorias de la Virgen y de nuestra victoria y alegría?

Allí se deshizo después de esto la peregrinación con algunos cantos al corazón de María, fuente universal de todas sus gracias y favores.

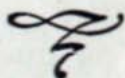
Los que apresuraron su descenso se mojaron bastante en el llano; los demás no tanto. Pero en

unos y en otros la alegría era salsa que hizo sabrosa esta última peripecia, que en otras ocasiones habría ocasionado mal humor.

Los desórdenes ni buscados con candelas. Dos damajuanas venían llenas de ellos, caballerías sobre ligera e irresponsable mula. Pero la previsión de don Manuel Fernández había colocado caballeros sin lanza ni espada que guardasen el camino, y a la cansada mula convencieron, sino a su endiablado dueño, que no podía pasar más allá del puente Nilhue: con que todo en la Romería fué paz, orden y alegría fresca y sana.

Por todo, reciba gracias infinitas la Virgen del Rosario de la Ermita.

AGAPITO CABAÑAS, C. M F.



ORIGEN

DE LA

Ermita del Rosario

DE

Las Condes

1919